





Imagenes de la España de hace sesenta años.

A la izquierda, construcción de los indios mayas hace más de mil años.

Cuando España odió

Texto: Luis Alberto Ganderats

30

“Ay, diablo en las entrañas una España bárbaro”, escribió Gabriela Mistral cuando era cónsul de Chile en Madrid, hace más de sesenta años. Sus palabras provocaron un escándalo parecido al que por estos días de fin de siglo parecería estar iniciándose debido al proceso que se sigue a Pincher en Londres a petición del juez español Garzón.

La diferencia es que aquella vez la derecha chilena criticó a la prensa para defender a España.

Todos los jueces que la llevaron a la hoguera estaban dichos en una carta privada de 1935, que alguien —como veremos— entregó a la prensa, a pesar de la petición de confidencialidad hecha a un amigo íntimo y a su corredor.

No dijo poco Gabriela en esa carta dirigida a Armando Donoso, subdirector de *El Mercurio*, y a María Monroy. En que ella se sentía herida por todo lo que le había tocado escuchar de boca española, y habló sin restricciones, lo cual le significó su salida del consulado, y su reemplazo por Pablo Neruda.

Antes de ir a esa carta, veremos lo que dice en otra, lo cual explica muchas cosas.

“Un combatidor de la República española en Venezuela puso el tema indio en un banquete (...) Y me lo dirigí, especialmente, como un torero. ‘Usted dice que agradeció a España el que aceptase mezclar su sangre con la de los indigenas. No agradezca eso. Los que fueron allí, si no cogen a los indios, cogen a los monos. Al cabo, lo mismo daba: indios o monos’”.

Descontento directa de indigenas americanos, a la Mistral le afectaban los pelibrozos de ese diplomático republicano, y más todavía un diálogo sostenido con un filósofo y escritor vasco de renombre universal, muerto dos años después:

“...la cosa llegó al colmo en mis conversaciones con don Miguel de Unamuno. Después de subrayar el tema indígena muchas veces, pero muchas, yo apelé como a un final a esto, le dije: ‘Usted tal vez crea que los indios, que usted nos tiene por sangre dañina y fatal, y que desea eliminar, son pocos. Pero no son menos, sino más de la mitad de la población iberoamericana. Tal vez llegan a los dos tercios’. ‘No importa’, me dijo a gritos, ‘que desaparezcan’”. Le di la cifra —ahora la he olvidado— y volvió a gritar: ‘‘Qué desaparezcan’’. Entonces, desde entonces, mi amigo, yo no creí más la conciencia de España. Porque ese viejo, admirable por caras lados, era, precisamente, la conciencia de España.”

Todo esto, dicho al chileno Esquivel de la Barra, más otras cosas vistas y vividas por ella, muchas veces la hicieron llorar con dolor. En un “testamento chiquito” que le mandara al crítico Hernán Díaz Arrieta dejó escrito:

“Pero el odio español en contra mía no es sólo frívola: es de cada escritor español que me oye o me lee en mi

Escuchó decir que los conquistadores españoles se cruzaron con mujeres aborigenes americanas sólo por necesidad: lo habrían hecho igual con monas. Como cónsul en Madrid ella le vio muchas miserias a España, las dijo privatamente, y

—traicionada por chilenos—, tuvo que irse a Portugal.



Galería gente (foto stirbiana).

a la Mistral

pobre defensa de los indios. Porque mis amigos iberoamericanos han vivido haciendo este libertujo asesinato de la Madre Patria y de la sangre y sanguinosa Diosa Isabet, que Dios haya perdono-dio”.

No sólo el tema indígena producía dolor a nuestra futura Nobel, lo cual se le nota crudamente en esa carta muy privada que escribió a Armando Donoso y su mujer en 1935, con la cual iniciamos esta crónica. Fue escrita cuando en España gobernaban los republicanos. Deja libre de sus críticas a catalanes y vascos.

Algunas de sus pláticas:

►En ágris, desnuda, seca, paupérrima y triste la vida española para quien no vive metido en catíl, borroso de charlotón necio...

►Vivo hace dos años en medio de un pueblo indescribible, lleno de oposiciones, absurdo, grande hasta noble, pero absurdo puro. Hambriento y sin imperio de hacerme justicia; atálibeto como los árabes vecinos (...), inconsciente, hoy republicano, mañana monárquico feligresa; pueblo en desprecio de todos los demás pueblos (...). Pueblo de peóna escuela, sin la higiene más primaria, sin médico, sin salario para curar hijo o mujer. Envilecido por infeliz y no por otra razón...

No se ha iniciado la guerra civil española. Gabriela censura a los independentistas republicanos, diciendo que “no hicieron nada válido”, y agrega:

“Eran y son tan españoles como los otros. Es decir, les parece más o menos natural la miseria astillita, la mujer astillita nacional (...). Y tienen igual ritmo ritito que los otros e igual sonrisa funambulista interna e igual desdén de la justicia (...), son fofos, gente sin columna vertebral, hablantines, amigos de laza (...). Viven la resurrección. Ya saben el mayorito español —cosa sin residencia y sin nombre— votó según su ignorancia, y su temeridad, que no sólo ignorancia. Vota a las derechas en blaque!...”.

Hubo intentos de incubar el consulado madrileño de la Mistral, obligándola a buscar protección en un convento franciscano y luego, la par en Lisboa. Todo como resultado de una opinión privada que llevaba una advertencia:

“Ahora les ruego guarden las espaldas. Yo vivo aún en España: consideren esta carta como el más íntimo diálogo familiar (...). Así, pues, quede esta carta como una conversación la más cercana y confidencial a su salud, o les escribí la verdad o nadie les escribirá”.

Cómo llegó entonces a difundirse en Santiago y luego enviada al diario ABC de Madrid?

Quien la diera a conocer ha guardado silencio por sesenta y cuatro años. Mañana contará su versión en esta página.

Recomendamos, además, la autocrítica de Gabriela Mistral.

L.Ganderats

Cuando España odió a la Mistral [artículo] Luis Alberto Ganderats.

AUTORÍA

Ganderats, Luis Alberto, 1940-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cuando España odió a la Mistral [artículo] Luis Alberto Ganderats.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)